

chinas. Arregló por medio de breves las diferentes jurisdicciones de las cristiandades Maronitas, Coptas y Melquitas, así como las de Albania y Servia. Fueron dirigidas por el celoso pontífice numerosas cartas á los obispos de la Polonia acerca de un abuso que ni aun hasta hoy día ha podido desarraigarse, y era la deplorable facilidad con que se pronunciaba la disolución y nulidad de matrimonios ya realizados, sin informaciones canónicas suficientes. Benedicto XIV expone la doctrina de la Iglesia acerca de la indisolubilidad del matrimonio y los sabios reglamentos decretados acerca de tan sagrado lazo por los Padres de Trento. Entre los decretos de este papa concernientes á la América, uno de los mas notables es el dado á favor de los indígenas, reducidos á la esclavitud por sus duros vencedores. Iguales sentimientos de tierna caridad se hallan en sus breves á favor del Estado pontifical, donde se ve el corazón de un padre que se enternece por la miseria de sus hijos. Benedicto XIV coronó su carrera pontifical con la publicación de su magnífico tratado de *Synodo dicecesana*, que es verdaderamente un *Manual de obispos*.

CAPITULO V.

SUMARIO.

§ I. PONTIFICADO DE CLEMENTE XIII (6 de julio de 1758-2 de febrero de 1769).

1. Conjunción de la filosofía del siglo décimotercero contra la Iglesia. — 2. Juan Jacobo Rousseau. — 3. Carácter de Clemente XIII y del cardenal Torregiani, su ministro. — 4. Estado del mundo político en Europa al advenimiento de Clemente XIII. — 5. Expulsión de los Jesuitas del reino de Portugal. — 6. Persecuciones en Francia contra la compañía de Jesús. — 7. Su supresión por el parlamento. — 8. Clemente XIII, en su consistorio secreto, anula el decreto del parlamento de París. — 9. Guerra de siete años. *Tratado de París*. — 10. Bula *Apostolicum* de Clemente XIII á favor de los Jesuitas. — 11. Clemente XIII condena el *Catecismo* de Mesenguy; la *Historia del pueblo de Dios* por el jesuita Berruyer; el libro de Helvecio; la *Enciclopedia*; el libro de Febronio. — 12. Expulsión de los Jesuitas de España, de Nápoles, de Parma y de Malta. — 13. Breve de Clemente XIII al rey de España. — 14. Muerte de Clemente XIII.

§ II. PONTIFICADO DE CLEMENTE XIV (9 de mayo de 1769-22 de setiembre de 1774).

15. Elección de Clemente XIV. — 16. Situación del pontificado respecto de las potencias europeas. — 17. Supresión de la compañía de Jesús por Clemente XIV. — 18. Muerte de Clemente XIV. — 19. Muerte de Luis XV. Advenimiento de Luis XVI. — 20. San Alfonso María Ligorio.

§ I. PONTIFICADO DE CLEMENTE XIII (6 de julio de 1758-2 de febrero de 1769).

1. Una época lamentable iba á comenzar para la Iglesia. Había pasado de Inglaterra á Francia el odio al catolicismo: los nuevos incrédulos dieron, en su principio, un carácter menos general y menos franco á su polémica anticristiana; desde luego no hubo sino alusiones mas ó menos transparentes; y así, las *Cartas persianas* de Montesquieu, la *Vida de Mahoma* por Bouillon-Villers, tenían evidentemente por objeto, bajo una forma diestramente disimulada, mostrar la superioridad del mahometismo sobre la religión de Cristo. Mas á estos ataques aislados sucedió muy pronto una verdadera conjuración, y se formó con formidable armonía una liga que se organizó y mantuvo en estado de conspiración permanente. Hacia 1757,

la correspondencia de Voltaire tomaba ya aquel carácter de violencia y excitación, aquella manera de batalla campal cuya contraseña fué: *Aplastar á la infame* (aniquilar la religion cristiana). Enarbolando este estandarte y lema de destruccion, Voltaire descubria el objeto final y se mostraba cabeza del partido. « Habia hecho juramento, dice su panegirista » Condorcet, de dedicar su vida á la ruina de la Iglesia, al » aniquilamiento de toda religion positiva. » Cumplió su fatal palabra; y su tema principal, que repitió bajo mil formas diversas durante su larga y versátil carrera, fué que el cristianismo era una invencion humana, sostenida por los sacerdotes é impuesta por los reyes, como el mejor y mas seguro freno para los pueblos. Sus cómplices fueron numerosos, mas diversos. En primera línea debemos inscribir á los parlamentos. « Creen estos, escribia d'Alembert, que sirven á la religion por » su celo en combatir la denegacion de sacramentos; mas en » realidad sirven á la *razon* sin pensarlos ellos. » Despues de la magistratura indigna que ponía en manos y en servicio de los enemigos de la Iglesia y del Estado una autoridad que solo habia recibido para proteger al Estado y á la Iglesia, la *legion* de los incrédulos y devastadores era muy numerosa. Nos bastará nombrar las mas notables de estas fatales *celebridades*. Desde luego Bayle, que sostenia que una sociedad no puede prosperar sino destruyendo en su seno toda idea, toda creencia religiosa; d'Alembert, matemático preciado de sutil ingenio, que conservando formas académicas en medio del caos revolucionario era su mas acreditado eco; Diderot, escritor fastidioso y pesado, mas desvergonzado y públicamente ateo; Damilaville, de quien decia Voltaire: « que no negaba aun á Dios, pero que le aborrecia; » y en fin el baron de Holbach, Condillac, Helvecio y el infame La Mettrie publicaban en sus obras el mas puro materialismo. Su obra principal contra el cristianismo fué la *Enciclopedia*, dirigida por d'Alembert y Diderot. Esta contribuyó, mas que toda otra obra, á propagar las opiniones antireligiosas: era monumento inmenso de confusion y de falsa filosofia, verdadera torre de Babel levantada por el infierno contra Dios

y su Cristo. En esta obra, la naturaleza toma el lugar de Dios, el espíritu no ha sido sino una transformacion de la materia, y toda religion fué considerada como invencion política de los sacerdotes. No se ruborizó de enseñar que la vida del hombre no se diferencia de la del animal sino por el *azar*. La *Enciclopedia* fué el arsenal de donde sacaban todos los incrédulos sus armas contra la fe. Anuncióse esta publicacion por toda Europa como un acontecimiento que habia de regenerar al mundo. Comenzaba el siglo de las luces, y se cerraba para siempre la puerta á la era de tinieblas, al fanatismo, á la ignorancia y supersticion: iban la razon y la filosofia á dotar á la humanidad de un porvenir brillante, de goces y esplendores desconocidos. Todos los ingenios aventureros se precipitaron en los nuevos senderos. Hasta el gran Buffon confundió frecuentemente, en su *Historia natural*, Dios y la naturaleza, la Providencia y la materia. Lalande, explorando los cielos astronómicos, no descubrió en ellos el nombre de su autor, y en sus obras numerosas no pronuncia una sola vez el nombre de Dios. Todos, de concierto con Volney y Dupuis, negaron la existencia de los personajes bíblicos, y en la historia del Evangelio no vieron sino una alusion astronómica.

2. Entre estos nombres, aun no hemos colocado al que, con Voltaire, personifica todo el movimiento filosófico del siglo xviii. Juan Jacobo Rousseau no perteneció á ninguna escuela, ni entró en ninguna liga, antes bien se desprendió de todos los partidos. Le separaba de Voltaire un aborrecimiento profundo nacido de una envidiosa rivalidad de toda la vida. Espíritu de paradojas, independiente, apasionado por quimeras, corazón corrompido que del vicio se hacia un ideal bello, que adornaba la corrupcion con los colores de la inocencia, carácter voluble, sin nobleza, sin dignidad, y tan movable que se arrojaba en un instante á extremos opuestos; incapaz de hacer de la virtud una costumbre, solo podia sentir ligeramente su atractivo: prosista, á nuestro entender, superior á Voltaire, de una elocuencia tierna, persuasiva y atractiva, ocultaba bajo la apariencia de la beneficencia y humanidad doctrinas perversas

en moral, impías en religion, subversivas en política, destructoras de todo orden social, de toda jerarquía, de todo principio, culto y autoridad. Rousseau ofrece el singular contraste de poder ser refutado por sí mismo. Ataca los milagros del Evangelio, y nadie ha escrito página mas sublime acerca del carácter de este divino libro; alaba y sube á las nubes la majestad, grandeza y pompa del culto católico, con la misma pluma que escribió la famosa *Profesion de fe del Vicario saba-yano* y aquella utopia pedagógica del *Emilio*, que su autor piensa exceder en mucho al Telémaco, y donde enseña que su discípulo no ha de oír hablar de Dios hasta pasados veinte años. La obra en que se mostró mas hostil Rousseau á la religion fué el *Contrato social*, donde acusa al cristianismo de haber roto la unidad del Estado, destruido el amor de la patria, favorecido á los tiranos y apagado las virtudes guerreras. — Tales eran los enemigos que en el siglo XVIII se levantaban contra la Iglesia, y por sus esfuerzos comunes iban á desencadenar contra ella la mas formidable tempestad que haya amenazado nunca su existencia. « La desenfrenada libertad de » pensar, la furia del espíritu de secta, hallaron otro aliado que » les ayudó fielmente. Este fué aquella política en algun modo » hereditaria en cierta clase de hombres de Estado, de magis- » trados y jurisconsultos: sistema que tendia á la esclavitud » de la Iglesia por la potencia secular, y á someter al clero á » sus hostiles pretensiones. En aquella era de funesta memoria, » cada cual tuvo que escoger su bandera. Se contaron las filas, » se fijó el plan de ataque, el objeto de la guerra, y se distri- » buyeren con infernal concierto los modos de embestir. En » presencia de esta situacion fué elegido papa Clemente XIII » en 6 de julio de 1758. (1) »

3. Elevado á su pesar á la cima de la potestad eclesiástica, no esperaba hallar sino fuerzas hostiles ó coligadas allí donde la Santa Sede tenia derecho de hallar defensores y apoyos. Sin

(1) R. P. de Ravignan, *Clemente XIII y Clemente XIV*, pág. 24-26. Hemos sacado mucho de esta obra del ilustre orador para el relato de este periodo de la historia eclesiástica, seguros de tener un buen garante en tal guia.

embargo, para la época de estas luchas memorables el cielo depa-
ró al santo pontífice un ministro digno de él, al cardenal
Torregiani. « Hombre honrado, dice Duclos, muy trabajador,
» conoedor de los negocios. Cuando no pudo negar las pérdi-
» das que de dia en dia iba haciendo la corte de Roma, res-
» pecto de su autoridad en la Europa católica, las miraba como
» nubes pasajeras y respondia: *Tenemos la palabra de Cristo,*
» *la Iglesia es incontrastable.* » [Clemente XIII y su ministro,
unidos estrechamente por las mismas convicciones de que no
permitirá nunca Dios naufrague la barca de Pedro, enten-
diéndose completamente en el juicio acerca de las luchas em-
peñadas ya y por empeñar, y entregándose ambos á la defensa
de los sagrados intereses de la religion, sostuvieron digna y no-
blemente tan santa causa al través de obstáculos sin número.]

4. Tuvieron por adversarios sucesivamente y muy pronto
simultáneamente á todos los gabinetes de las potencias católi-
cas. En primera línea aparece Pombal, ministro de José I, rey
de Portugal. Este príncipe débil y sensual solo reinaba de
nombre. Genio atrevido y tiránico prefirió Pombal á la estabi-
lidad de las tradiciones nacionales y cristianas la influencia de
opiniones extranjeras y disolventes. Se precipitó pues á ojos
cerrados en la carrera de las innovaciones; echó por tierra to-
das las barreras que se oponian á su designio; declaró guerra
á la Iglesia, cuya autoridad le importunaba, y por medio de
increíbles vejaciones, de un pueblo religioso y apacible hizo
un Estado entregado á la agitacion y al desorden. Pombal era
omnipotente en Lisboa; Choiseul, en Francia, aunque con tí-
tulo de primer ministro, no lo era tanto. La liga filosófica, los
parlamentos, la marquesa de Pompadour y el jansenismo le
dictaban frecuentemente leyes. Luis XV no era ya aquel rey
virtuoso á quien tantos laureles le consagraba el afecto y ad-
miracion de sus vasallos: entregado á sus pasiones, abandonó
las riendas del gobierno en manos subalternas. La condesa du
Barry, que sucedió á la marquesa de Pompadour en los favo-
res del rey, fué veinte años vergüenza de toda Francia y es-
cándalo del mundo. Despertándose á veces de aquel letargo de

vicios y desórdenes, Luis XV no salía de él sino para decir: « Esto durará siquiera tanto como yo; » y volvía á sumirse en sus infames sensualidades. Sin embargo toda la familia real no cesaba de amonestarle á volver á sus deberes, practicándolos ella todos, y dando ejemplo á sus propios ojos de las mas altas virtudes. La reina, María Leczinska, y las dos delfinas eran modelo de mujeres cristianas; su hijo único, el delfin, padre del duque de Berry (Luis XVI), del conde de Provenza (Luis XVIII), y del conde de Artois (Carlos X), robado á la Francia por temprana muerte, y que se llevó al sepulcro la fortuna de su casa; su nieto y heredero presuntivo (Luis XVI); su hija, Madama Luisa de Francia, que trocó los resplandores de la corte de Versalles por la aspereza de una celda de Carmelita; sus nietas, Madama Elisabeth (Isabel) llamada *el Ángel de la corte*, Madama Clotilde, reina de Cerdeña, cuya beatificación se prosigue en la curia romana, formaban por su conducta un contraste vivo con los vicios del siglo y los escándalos del monarca. Pero tan virtuosos ejemplos no hallaban eco en una sociedad profundamente corrompida. Choiseul, ministro de Francia desde 1758 á 1770, época de su desgracia, era un hábil político, activo y atrevido. Aceptado, con justo título, por los filósofos de aquel tiempo como digno promotor de sus ideas, buscaba con ansia su aprobacion y apoyo. De este modo llegó á tener cierta popularidad; y en la presuntuosa confianza que esta le inspiraba para llevar á cabo sus designios, traspasó todos los límites. — En España Carlos III [hijo de Felipe V, y sucesor de su hermano el grande y santo Fernando VI], realizó una extraña situacion en sus lamentables luchas con [la Santa Sede]. De costumbres ejemplares, y sinceramente afecto á la religion, recto, leal, pero fácil de acceder á la influencia, por efecto de su misma lealtad, no supo [ó mas bien no tuvo la suerte de] poner y depositar bien su confianza. Wall, Grimaldi, Aranda, Campomanes, Moñino [conde de Florida-Blanca], y Manuel Roda fueron sus ministros ó agentes principales. Roda era mas bien jansenista que filósofo incrédulo; pero, á causa de ello, el mas decidido enemigo de la Santa Sede y de las li-

bertades de la Iglesia. Campomanes, fiscal del consejo de Castilla y ministro de Estado, luchó contra la Santa Sede con la ciencia y espíritu de legista hostil. Se sirvió contra los obispos de las armas de la polémica y de los procesos judiciales. Aranda, objeto de las mas expresivas alabanzas de los filósofos franceses y su celoso amigo, empleó sus talentos en servicio de los enemigos de la Iglesia. Añadiendo á estos Tanucci, ministro principal de Fernando IV y adversario de la Santa Sede, tenemos poco mas ó menos completa la lista de los hombres de Estado que estaban al frente de los gabinetes de los países católicos bajo Clemente XIII (1). — La Alemania católica, y el Austria en particular, pareció estar algun tiempo fuera del movimiento antireligioso. Era María Teresa una princesa incomparable por su piedad, bondadoso corazón y amor á sus pueblos; mas sin apercibirse de ello se dejaba llevar de la influencia de consejeros jansenistas. Van-Swieten y Haën, primeros médicos de la emperatriz, eran holandeses y de familias afectas al arzobispo cismático de Utrecht. Se valieron de su favor en la corte de Viena para propagar sus doctrinas, y persuadieron á María Teresa nombrase una comision para reformar la enseñanza de la teología. Esta comision favoreció á pedir de boca á los novadores. Fué elegido Ambrosio de Stock, amigo de Van-Swieten y Haën, presidente de la facultad de teología de Viena en 1753: los Jesuitas fueron separados de las cátedras de teología y derecho canónico: con menosprecio de la autoridad de los obispos, los nuevos profesores fueron nombrados por el gobierno, y casi todos ellos eran seglares. Desde esta época, la Alemania fué invadida sucesivamente y

(1) Moñino, el conde de Florida-Blanca, entró mas tarde en los consejos de Carlos III: Roda fué de su mismo tiempo. Por lo demás, los ministros españoles, excepto el conde Aranda, muy sospechoso de francmasonismo, eran mas bien *regalistas* que jansenistas. Eran sobrado afectos á las *regalías*, y en esto estuvo su principal defecto. Por lo demás, perseguian con el mayor rigor las malas doctrinas de la filosofia moderna, y aun al jansenismo, como se ve por las numerosas leyes y ordenanzas hechas en aquella época. El celo excesivo por las reales prerogativas les cegó, hasta hacerlos instrumentos de la sublevacion contra la Iglesia.

(El Traductor.)

dominada por las doctrinas cismáticas, que tendían á sujetar la Iglesia y su autoridad á las potencias temporales. Hácia el mismo tiempo, Nicolás de Hontheim, obispo sufragáneo de Tréveris, y muy célebre bajo el nombre de Febronio, anunciaba con sordos ataques su atrevido tratado sobre *el Estado de la Iglesia y el poder legítimo del soberano Pontífice*, cuya obra tardó poco en publicarse. Todo estaba en fin preparado para el reinado de José II. Las Universidades de Munster y Bonn fueron instituidas de propósito para propagar los sistemas cismáticos. Tales eran los elementos de la revolucion religiosa y social que iba á estallar en Europa.

5. Los Jesuitas tuvieron el insigne honor de ser señalados como primeras víctimas de la conspiracion de sectarios, filósofos y falsos políticos. El primer golpe dado á esta compañía lo fué por Pombal. Ya desde 1757 dirigia á don Francisco Almada, su embajador en Roma, instrucciones positivas para pedir á Benedicto XIV la supresion de la sociedad. Su despacho acababa así: « La extrema corrupcion de estos hijos de una religion tan santa ha llegado á tal estado en Portugal, y aun mas en los dominios de ultramar, que hay muy pocos Jesuitas » que no parezcan mas bien mercaderes, soldados ó tiranos » que no religiosos. » La acusacion era tan injusta como descomedida. Los Jesuitas, jefes de las reducciones del Paraguay, eran á la vez padres y administradores de sus Indios. Como corporacion considerable tenian por necesidad relaciones inmensas de negocios, mas ni eran mercaderes, ni soldados, ni tiranos. El incidente del P. Lavallette, ocurrido en estas circunstancias y de que se apoderaron con tanta ansia los enemigos de los Jesuitas para calumniar á toda la compañía, no fué sino un extravío aislado, en el cual no tuvo parte la compañía. Benedicto XIV cayó enfermo de la enfermedad de que murió, en el momento mismo en que recibia la comunicacion de Pombal. Este pontífice se mostró siempre el mas celoso defensor de la compañía de Jesús, y creyó poder otorgar al ministro de Portugal una concesion que no haria sino manifestar con la mayor claridad la inocencia de los Jesuitas. Por un breve de 1.º de

abril de 1758 nombró al cardenal Saldaña, arzobispo de Lisboa, visitador apostólico de todas las casas de Jesuitas en Portugal, y le encargó formase una sumaria respecto de los cargos que se hacian contra ellos. Encomendó al mismo tiempo al cardenal visitador procediese con los mayores miramientos con una compañía « que tan bien habia merecido de la Iglesia, llevando » la luz de la fe hasta las extremidades del mundo á costa de » sus sudores y sangre. » Prohibia además se diese ningun decreto sin comunicarlo antes con la Santa Sede. Era cuanto queria Pombal. Abusando este de la flaqueza y ancianidad del patriarca de Lisboa, le sonsacó una pastoral en que ponía en entredicho á todos los Jesuitas de Portugal. En vano se valió Clemente XIII de toda su firmeza en favor suyo. Escribió á José I una carta llena de bondad, sabiduría y prudencia al propio tiempo que de vigor apostólico. Todo fué inútil. El 3 de setiembre de 1758, se esparció por toda Lisboa el rumor de que se habia atentado contra la vida del rey. Era una patraña inventada por Pombal. José I se oculta á la vista de todos, y el ministro medita en la sombra. Despues de algunas treguas que admiran, Pombal manda arrestar y encarcelar doscientos veintiun Jesuitas, cuya mayor parte muere en los calabozos: un edicto real suprimió la compañía de Jesús, todos sus miembros fueron echados de todo el reino, declarados traidores y rebeldes, y sus bienes confiscados. Por do quiera se da la caza á los Jesuitas, se les aglomera en buques y se les arroja como una injuria en las costas de los Estados pontificios. Pombal solo guardó tres religiosos que acusó de cómplices en el supuesto atentado contra la vida del rey: eran los PP. Malagrida, Alejandro y Mathos. Fueron entregados á la inquisicion; mas el inquisidor general, don José de Braganza, hermano del rey, se negó á condenarlos. Pombal creó, de oficio, un tribunal extraordinario, donde se siguió este extraño proceso. Malagrida, anciano venerable de setenta y cinco años, fué condenado al fuego como falso profeta, y padeció tan bárbaro suplicio. « Y así, decia Voltaire, el exceso de lo absurdo se juntó con » el exceso del horror. »